

**ALOCUCIÓN DE MONS. FERNANDO PRADO AYUSO, CMF  
DESDE LA CÁTEDRA DE SAN SEBASTIÁN  
EN EL DÍA DE SU ORDENACIÓN EPISCOPAL  
DONOSTIA, 17 DE DICIEMBRE DE 2022**

Senide eta lagun maiteok. Barkaidazue, ez dut agurren eta eskertzen protokoloa beteko egoitza honetan lehen aldiz hitz egitean. Izan ere, nire lehen hitzak kontuan hartzen ez diren pertsonen zuzendu nahi nizkieke. Queridos todos. Me vais a perdonar que me salte inicialmente el protocolo habitual de saludos y agradecimientos al hablar por primera vez desde esta sede. Pero es que quisiera que mis primeras palabras fueran dirigidas a aquellas personas que, por lo general, no cuentan. Sí. Mis primeras palabras son para vosotros, los que no contáis a los ojos de muchos, para los que habitualmente no hacéis historia, no formáis parte de la historia. Todo lo más, a veces formáis parte de alguna crónica en los periódicos, generalmente de la crónica negra. Mi cariño y cercanía para todos vosotros. A los ojos de Dios sois grandes. Esto es lo que quiero deciros hoy y seguir diciéndoos siempre. Simplemente: a los ojos de Dios sois importantes. Para él sí contáis. Y, por ello, para mí, también.

La Iglesia, que es sabia, pide a los obispos comprometerse públicamente con vosotros ante Dios y ante la asamblea de los presentes. Habéis sido testigos de mi promesa. Espero no dejar nunca de cumplirla y reflejar, siquiera de lejos o tenuemente, un rayo de la luz de ese buen pastor al que está llamado a imitar este pobre obispo. Tutelar la dignidad de los más débiles contribuye a la fraternidad humana y salvaguarda la imagen de Dios impresa en cada persona. ¡Qué bello es soñarnos todos hermanos, todos dentro, en el corazón de Dios! A zer poza eta indarra ematen digun jakiteak Jainkoarentzat inortxo ere ez dela urruna ez ikusezina, guzti-guztiak dauzkala kontuan, guzti-guztiok gauzkala kontuan! ¡Qué alegría y qué fuerza tan inmensa nos da saber que para Dios nadie hay lejano ni invisible, saber que todos cuentan, que todos contamos! Esta es la buena noticia del Evangelio, la que todos esperan, la única que produce en nosotros la verdadera alegría que queremos vivir, saborear y anunciar.

Y ahora sí. Ahora mis saludos para todos: a su excelencia Monseñor Auza, nuncio de su santidad. A mis hermanos en el episcopado aquí presentes, eminentísimos cardenales y excelentísimos obispos, a las excelentísimas e ilustrísimas autoridades civiles y servidores públicos, con quien quisiera colaborar todo lo estrechamente que se pueda en la búsqueda del bien común. Agradezco vuestra presencia y, sobre todo, el constante esfuerzo y no poco sacrificio personal que, me consta, hacéis por ayudar y servir a la ciudadanía. Saludo a todos los misioneros claretianos, a los de aquí de casa y a los venidos de diferentes lugares; por supuesto a mis familiares y amigos venidos de tantos lugares: de Madrid, de Bizkaia y de la querida localidad burgalesa de Quintanar de la Sierra, donde están parte de mis raíces. Mila esker, egun honetan hemen egoteagatik.

Gaur era berezian agurtzen dut Gipuzkoan erromes doan Jainkoaren Herri santu eta leial maite osoa, bere apaiz agurgarri eta eredugarriez osatua; baita hainbat erlijiosaz eta erlijiosoz ere, etxeakoak zareten eta hala sentitzen zareten emakume eta gizon kotsakratuak. Berenberegí agurtzen ditut laikoak, Jainkoaren Herriko gehiengo handi hori, izan ere, gertukoan eta bat-batekoan, zuek zarete Ebanjelioaren argia eta gatzá gure gizartean. Saludo hoy de forma especial a todo el querido santo Pueblo fiel de Dios que peregrina en Gipuzkoa, formado por sus venerables y ejemplares sacerdotes; por tantos religiosos, religiosas, personas consagradas que sois y os sentís de casa. Saludo expresamente al laicado, a esa gran mayoría dentro del pueblo de Dios que, en lo cercano e inmediato, sois la luz y la sal del Evangelio en medio de nuestra sociedad. Quisiera saludar expresamente a los que de entre vosotros colaboráis estrechamente en los servicios diocesanos y en la vida de todas y cada una de las parroquias y comunidades cristianas de la diócesis. Entre todos, formamos esta Iglesia que peregrina y busca sinceramente a Dios en medio de no pocas dificultades. Entre todos edificamos la Iglesia y juntos descubriremos retos, trazaremos sueños y buscaremos soluciones a tantas cosas. En la comunión y en este “hacer juntos” está nuestro futuro. Juntos lo haremos todo y llegaremos muy lejos. Sabemos bien que sin esta unidad, difícilmente haríamos que el Evangelio que queremos predicar sea creíble. Arantzazuko gure

Amaren gomendio uzten ditugu gaur zeregin hau eta nire ministerioa. A nuestra madre de Arantzazu encomendamos hoy esta tarea junto con mi ministerio.

Un afectuoso saludo a todos y cada uno de los que participáis en esta celebración: a los que estáis en el templo y alrededores; a los que no han podido venir y a quienes nos seguís a través de los MCM. Vuestra presencia, oración y cercanía se sienten hoy muy vivos. Es un día de fiesta grande. De verdad que me siento abrumado e inmensamente bendecido. Ojalá Dios me dé acierto para corresponder a tanto cariño como estoy recibiendo. Siento hoy muy vivamente eso que el Papa Francisco llama “el gozo de sentirse pueblo”. Con vosotros pueblo soy. Ese es mi lugar, mi referencia y mi ubicación fundamental.

Hace veinte años recibí en esta diócesis la ordenación sacerdotal de manos de Mons. Juan Mari Uriarte y pude vivir mis primeros años de ministerio. Hoy vuelvo a vosotros después de realizar otras encomiendas pastorales y misioneras. Vuelvo, tal vez más maduro y algo más hecho, pero con toda la fuerza y la ilusión del amor primero. Zuen artzain izan nahi dut, zuen aita, zuen anaia eta zuen laguna, zuek hala nahi baduzue. Quisiera ser, si me dejáis, vuestro pastor, vuestro Padre, vuestro hermano y vuestro amigo. Quisiera ser, sobre todo, más amigo de esos que no cuentan y de aquellos que, por múltiples razones, están más lejos de la comunidad cristiana, pero que nunca han estado ni estarán lejos del corazón de Dios. Quisiera pedir hoy al Señor, sobre todo, la gracia de no ser un estorbo, sino un instrumento.

Como he dicho estos días en alguna entrevista, he acogido esta nueva encomienda con cierto vértigo, pero sobre todo, con la confianza en Dios y en vosotros, en vuestra colaboración comprometida. Vengo a la diócesis con una grandísima alegría y una inmensa tranquilidad, pues sé de buena tinta que entre vosotros lo bueno abunda. Espero que el Señor, más allá de las dificultades, nos conceda a todos disfrutar de inmensas alegrías. Somos gente de Pascua y la alegría del Evangelio es el premio que el Señor concede a los que vivimos cerca de Jesús. Cerca de él, todo lo podemos. Lejos, casi nada.

Mantengamos la sencillez, la inocencia y la confianza sobre todo en Él, que es el más interesado en llevar sus planes adelante.

Me preguntaban estos días los periodistas: —“¿Y cuál va a ser su programa?”. —¿Pues cuál va a ser? Vivir el Evangelio, celebrarlo, cultivarlo e intentar proclamarlo con la vida. No se puede tener otro programa que no sea querer vivir el Evangelio evangélicamente, sosteniendo con nuestra vida lo que dicen nuestras torpes palabras, intentando que los que no cuentan cuenten, colaborando con las instituciones de la sociedad en la búsqueda del bien común. Es lo que quiero para mí y para todos los diocesanos: que la Palabra de Dios sea nuestra guía y mantengamos en el corazón la intuición fundamental de que el Evangelio no nos pertenece a nosotros, sino a aquellos que lo esperan.

Muchos hoy nos piden a los seguidores de Jesús, como lo hacían aquellos griegos de los que nos hablan los Hechos de los apóstoles, que pedían a Felipe en vísperas de la Pascua: “¿Queremos ver a Jesús!”. Que nuestra vida sea un testimonio real de alegría, compasión y ternura para con todos. Hoy no convencen a nadie los buenos argumentos, sino el testimonio del amor que nos une y nos hace cercanos a todos. Que sea nuestra vida concreta y real el mejor Evangelio predicado. Y confiemos en la fuerza de la semilla. Gaur egun ez dute inor konbentzitzen hitz onek, batzen eta guztiok hurko egiten gaituen maitasunaren lekukotasunak baizik. Zuen bizitza zehatza eta egiazkoa izan dadila Ebanjelioaren mintzorik onena. Eta izan dezagun uste on haziaren indarrean.

Querido Cardenal Aquilino, hermano de comunidad y amigo en el Señor. Gracias por haber aceptado ser consagrante principal en esta celebración. Agradezco también a Monseñor Auza, Nuncio apostólico, el haber aceptado ser co-consagrante. Transmítale por favor al Santo Padre Francisco mi más profunda comunión eclesial y obediencia a su persona y a su ministerio como sucesor de Pedro. Por lo mismo, agradezco también a Don Francisco, nuestro Metropolitano, Arzobispo de Pamplona, quien ha sido hasta hoy Administrador apostólico durante el tiempo de la Sede Vacante en la Diócesis. Muchas gracias por tu servicio generoso, cercano y

humilde durante todo este tiempo. Eskerrik asko aldi honetan guztian egin didazun zerbitzu eskuzabal, hurbil eta umilagatik.

Gracias a todos los presentes por vuestra paciencia. Después de dos horas de celebración, no puede ser menos. Especialmente agradezco a quienes con tanto esmero y dedicación habéis preparado esta magnífica ceremonia y la habéis embellecido con vuestra palabra, vuestro canto, vuestra danza y vuestros alegres tambores. Mila Esker, guztioi.

Gracias a tantos que habéis venido de fuera; a mis hermanos claretianos, tan queridos y que tanto bien me han hecho humana y espiritualmente todos estos años. Gracias al P. General, representado hoy por su consultor el P. Carlos Sánchez Miranda. Y agradezco especialmente la presencia y la cercanía a mis queridos amigos de San Antón, voluntarios y hermanos que allí hemos compartido vida, historias, alegrías y no pocas lágrimas. “Sois mi joya y mi corona”. Manteneos fuertes en la Esperanza y mirad siempre adelante, fijos los ojos en Jesús, ayudando siempre a todos a superar toda dificultad.

Mis últimas palabras se visten de la mayor cercanía y agradecimiento para los míos. Sobre todo para mi madre Gloria. Sí, Ama, de ti y de tu esposo Ramiro, mi querido padre, que nos contempla hoy radiante desde el cielo, me ha llegado todo lo mejor de la vida: mis hermanos, mis cuñadas, mi sobrino Yen a quien tanto quiero, toda esta grandísima familia extensa y tan unida de tias, tios, primos y primas tan queridos. Sois mi círculo más íntimo y más estrecho: esa red que en definitiva a todos nos sostiene y siempre está ahí para todos y para todo. Os quiero hasta el infinito y más allá.

Begiak zerura jasoz amaituko dut Elizbarrutiko zaindaria dugun San Inazioren hitz batzuekin. Hitz horiexek zuzentzen dizkiot, azken batean ministerio honetara deitu nauenari:

Concluyo mirando al cielo con unas palabras de San Ignacio, patrono de la diócesis y digo hoy a quien es, en definitiva, quien me ha llamado a este ministerio:

Tomad, Señor y recibid  
toda mi libertad,  
mi memoria,  
mi entendimiento,  
y toda mi voluntad,  
todo mi haber y mi poseer;

Vos me disteis,  
A Vos, Señor, lo torno.  
Todo es vuestro,  
disponed todo a vuestra voluntad;  
dadme vuestro amor y gracia,  
que con ésta me basta.

Aurrera! Eta, benetan, Eskerrik asko! Adelante y Gracias, de todo corazón.